EL DIA

Montevideo,
Agosto 28 de 1938



VISTA AEREA DEL PARQUE JOSE BATLLE Y ORDOÑEZ. EN EL CENTRO LOS CIRCULOS DEL ESTADIO CENTENARIO, EL DE ATLETISMO, Y VELODROMO MUNICIPAL. EN PRIMER TERMINO, A LA DERECHA, EL MONUMENTO A LOS CONSTITUYENTES DEL AÑO 1830.

R. y J. CARUSO FOTOS

Casa Soler

Para tapados

y vestidos de entretiempo

GENEROS DE LANA

estilos modernos en una variedad selecta de colores y diseños.



SEDAS, TULES, ENCAJES

para trajes de calle y vestidos de fiesta. Creaciones novedosas en colores de actualidad

por SEDAS NEGRAS FANTASIA Y PARA LUTO, VEA NUESTRO SURTIDO

EN NUESTRAS TRES CASAS
PRECIOS AL ALCANCE DE TODOS

"PUBLICIDAD"

AÑO VII.
— No. 294

EL DIA

Montevideo,
Agosto 28 de 1938

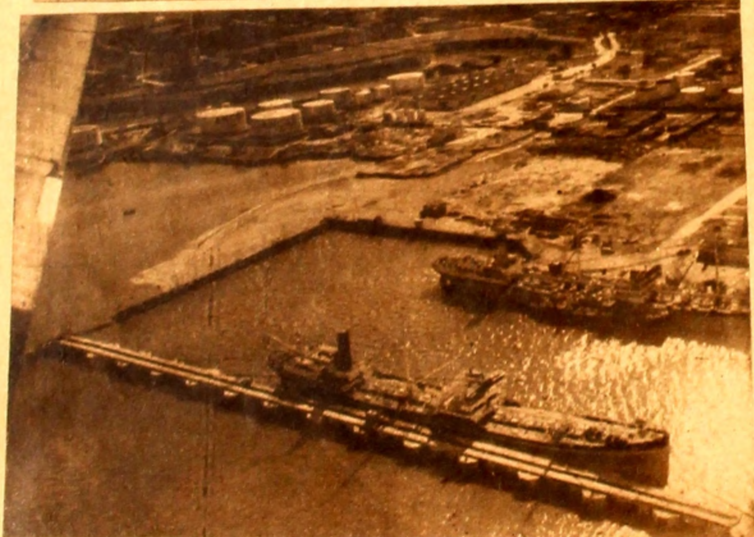


VISTA AEREA DEL PARQUE JOSE BATLLE Y ORDOÑEZ. EN EL CENTRO LOS CIRCULOS DEL ESTADIO CENTENARIO, EL DE ATLETISMO, Y VELODROMO MUNICIPAL. EN PRIMER TERMINO, A LA DERECHA, EL MONUMENTO A LOS CONSTITUYENTES DEL AÑO 1830.

R. y J. CARUSO
FOTOS

MONTEVIDEO AEREO





Buques petroleros y depósitos de la "Ancap" en la barriada de La Teja.



HINDS IMPIDE QUE EL CUTIS SE PASPE

En los países fríos, Hinds es la crema preferida para proteger el cutis. Además Hinds embellece y limpia el cutis. Con Hinds sus manos se conservan lisas, suaves, blancas. Y en el rostro al aplicarse Hinds, la belleza resplandece.

Crema DE MIEL Y ALMENDRAS

Para la cara, manos y cuerpo. No hace crecer vello.



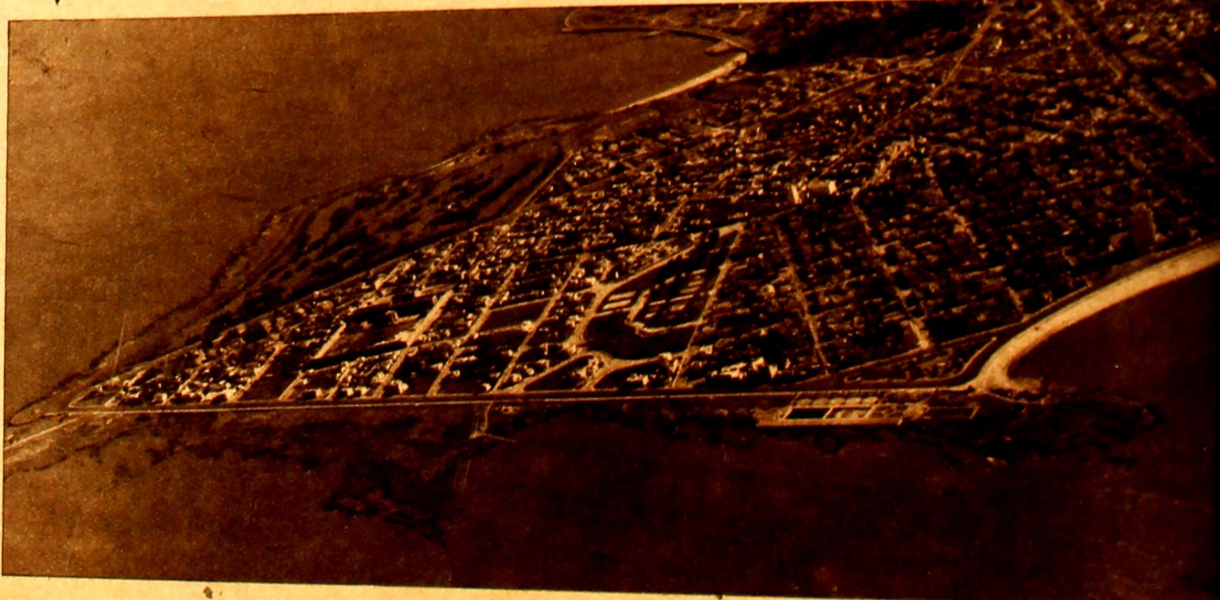
HINDS

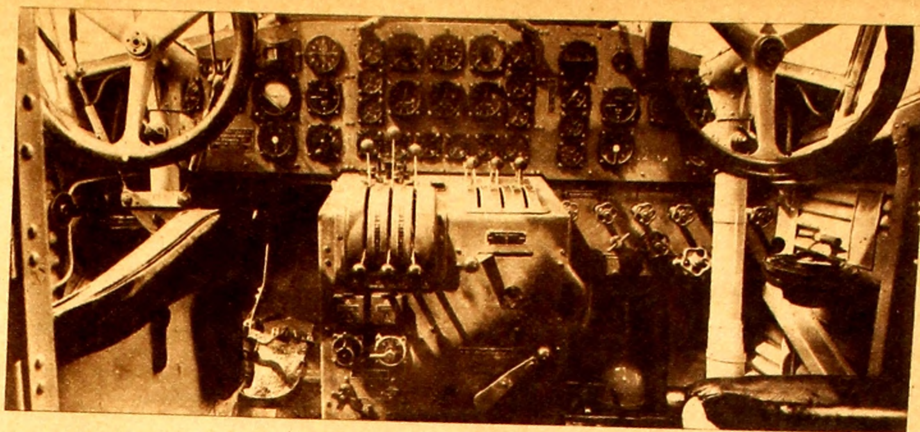
SOBERANA de las CREMAS LIQUIDAS



Usina eléctrica "José Batlle y Ordoñez" y parte norte de la ciudad.

Península de Punta Carreta, y Rambla Wilson.

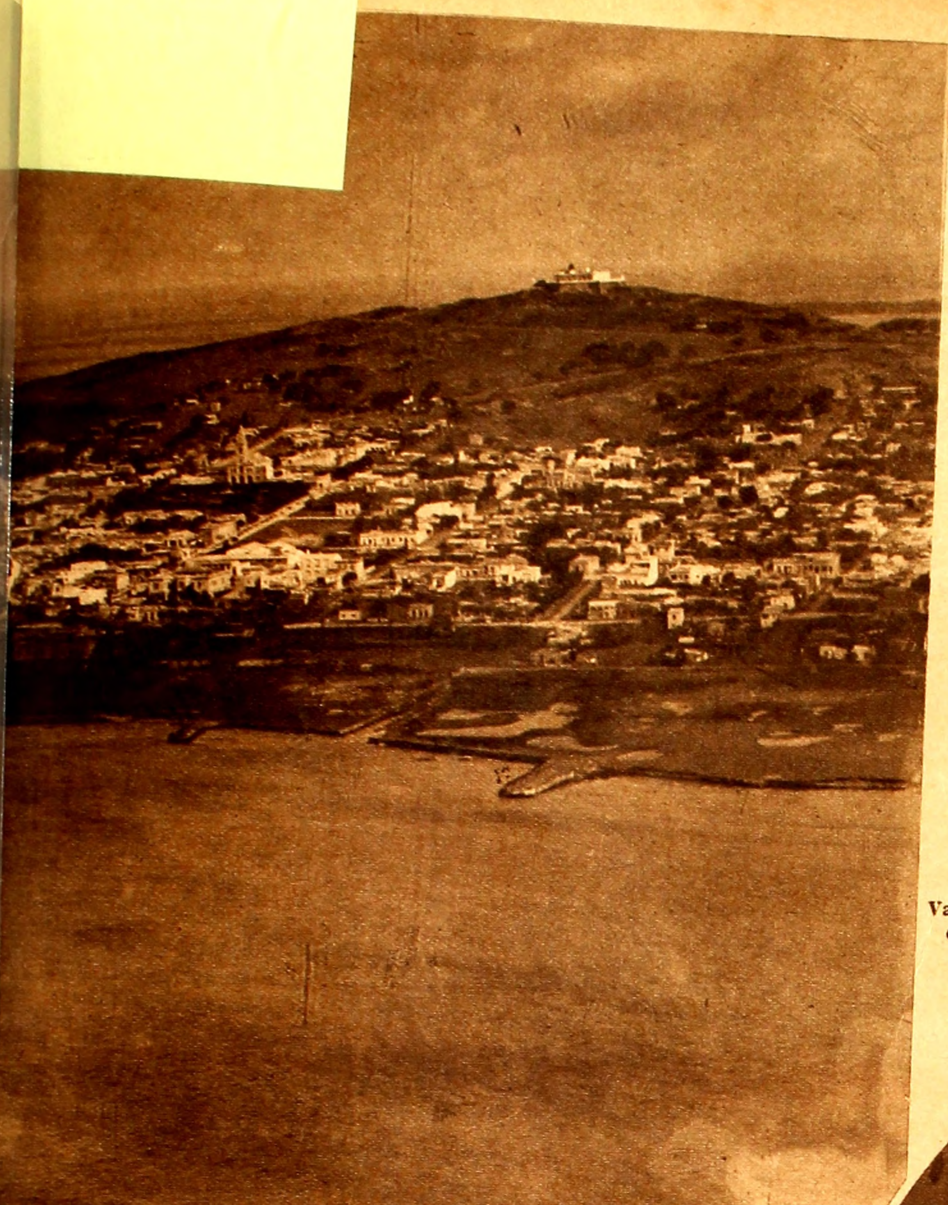




Aparatos científicos que regulan la navegación aérea a ciegas, y dan a los hidro aviones una total seguridad.

EL interés promovido por las notas aéreas de Montevideo, publicadas hace algunos números, nos induce a completar aquella información gráfica con estas otras notas, que han podido ser obtenidas en gracia a la gentileza de la C. A. U. S. A. que ha prestado su invalorable ayuda, volando expresamente para ser tomadas. Ha sido este el vuelo número 621 de los realizados por esa empresa de comunicación aérea entre Montevideo y Buenos Aires, por la que se han transportado 6.200 pasajeros.

Se advierte bien en el conjunto el impulso extraordinario del crecimiento de la ciudad, y la armonía de su trazado, destacándose la amplitud y lisura de sus playas, que tan legítimo prestigio le han procurado como ciudad balnearia, y el de las novísimas barriadas surgidas en las costas. Se advierte también la necesidad de conservar algunos espacios abiertos en el núcleo central de la ciudad, donde la edificación tiende a la altura con amenaza de ahogar y ensombrecer sus centros.



Varadero y puertecito de Villa del Cerro.



Tajo de la Avenida Agraciada, y construcciones del Ferrocarril.

Punta Trouville e iniciación de la Rambla de Pocitos.

CONFIENOS SU RECETA DE
Lentes
Cristales
de alta calidad.
Optica "Recine"
U.T.E. 46681
18 de Julio 1562 casi Tacuarembó

UN CURA DEL CARDAL Y DE LA RESTAURACION

(Para EL DIA)

SE acerca al siglo y medio la Iglesia del Cordón. Es de 1805. "Faltan en este libro — reza una nota bizarra en ortografía — las partidas de bautismos de dos años anteriores, contados desde febrero 1805 hasta Febrero 1807, por **haver echo** pedazos los ingleses en la entrada que en el otro mes hicieron a esta Plaza de Montevideo". En la "entrada del otro mes", caben el combate del Cristo, y la muerte de Maciel, cuyo cadáver quedó tendido entre los cardales inmensos, y no pudo ser rescatado.

En 1843 la Iglesia del Cordón amenazaba caerse. Era vieja, y no tenía aún cuarenta años. Ocupaba un solar en la esquina S. O. de las hoy calles Tacuarembó y Colonia. Capilla del Carmen la Mayor. Así se la llamaba para no confundirla con otra. En una loma de la Aguada se levantaba desde 1792 la Capilla del Carmen la Menor, de corta vida, ya que el Gobierno español de Montevideo mandó demolerla en 1811, iniciado el primer sitio, porque estando bajo el tiro de cañón, significaba un peligro para los feligreses. Se la reedificó más tarde, y alcanzó el honor de recibir un día de 1829 la visita de San Martín, testigo de algunas de las sesiones que allí celebró la Asamblea Constituyente.

La ciudad vieja llegaba en ese año de 1843 en que colocaremos al lector, hasta la Ciudadela. La nueva, hasta Ejido. Atravesando la ciudad y coronando la cuchilla, se extendía hacia el Este el Camino Real. A los lados, el caserío del Cordón.

Era cura párroco de su Iglesia, un sacerdote que comenzó firmándose Estrázulas y Falcón para terminar eliminando el Falcón y adoptando, por agradecimiento, el Lamas, hecho insólito, que no habría de constituir su única evolución. Autorizado para ejercer la medicina homeopática, lo hizo gozando de enorme popularidad, en los últimos años de su vida.

En 7 de febrero de 1843 cerró sus puertas la Iglesia del Cordón. No debía reabrirlas hasta enero 1847. Los 21 cañonazos del 16 de febrero, comenzaban el Sitio. No los esperó Estrázulas, que era blanco, pero no oribista. En un primer momento se trasladó a Maldonado, terminando por anclar en la Matriz de Montevideo, donde continuó sus funciones sacerdotales. La Iglesia del Cordón, mientras tanto, era trasladada a la Capilla de Dolores del Reducto.

Pero esa Iglesia del Cordón tenía, además de su párroco, un teniente cura. Dejó su firma en las últimas partidas de bautismo, ese cura español llegado de Viscaya. Había nacido allí en 1810. Tenía pues, la edad del Cristo histórico. Se llamaba Domingo Ereño.



Don Domingo Ereño vistiendo traje de canónigo. Sobre la sotana, la so brepelliz, y encima de ésta la manteleta.

(De la colección J. M. Fernández Saldaña)

Cerrada su iglesia, se fué al Cardal. Llevaba en uno de los bolsillos de su sotana, una llave mágica. Con ella hizo girar los goznes de la Capilla de la Mauricia. La llave era una autorización. La firmaba el Ilustrísimo y Reverendísimo Sr. Vicario Apostólico de Montevideo. I. y R. Sr. V. de M. Cinco mayúsculas detrás de las cuales aparecía la figura del padre Larrañaga. Que ese era el Vicario que tuvo para Ereño el ligero empujón amistoso. El que debía convertirlo en el primer cura del Cardal.

❋

En la capillita rural no había libros. No disponía tampoco el cura recién llegado, de ornamentos para la celebración de los oficios divinos. Larrañaga ordenó a Estrázulas su entrega inmediata. Con dolor recibió Larrañaga una rotunda negativa. Esta es la explicación del por qué, hasta 1849, los bautismos, casamientos y entierros, no se anotaron en la Mauricia en libros, sino en "cartapacios borradores".

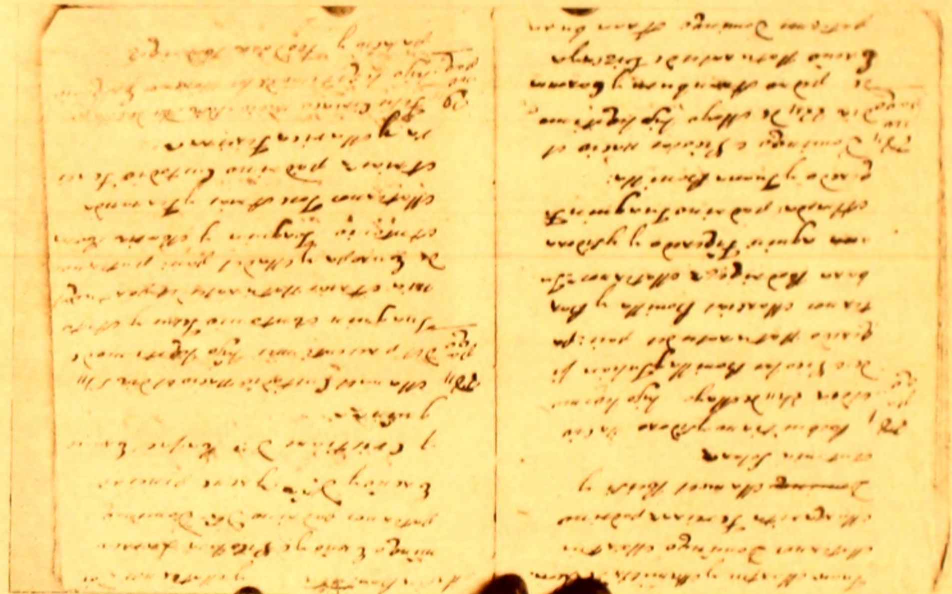
Se trasladarían esos borradores, algún día, cercano o no, a los libros respectivos. Empezó a cumplir el mandato de Larrañaga el cura Ereño al comenzar la guerra grande. Lo cerró el cura Madruga, en los albores de la de Aparicio.

Hemos hojeado estos días el archivo de la Capilla del Cardal, custodiado hoy en la Iglesia de San Agustín.

Uno de los primeros bautizados por Ereño, fué uno de sus sobrinos, hijo de su hermana Carmen y de Pedro Aramburú. Domingo Aramburú, que habría de dejar recuerdo tan puro en los estrados judiciales del país, nació en el Cardal, en 22 de mayo de 1843.

Fascímil de la partida de bautismo del Dr. Domingo Aramburú, nacido en el Cardal en 22 de mayo de 1843.

Esta, como todas las demás partidas, llevan letra de Ereño.



Junto a su partida, ésta otra: "Juan Manuel O., hijo de Fidela O., china del ejército'. Apenas iniciado el sitio, comenzaban, pues, las chinas del Cerrito, las "labores de su sexo". Comprendemos perfectamente las vacilaciones del redactor de la partida, y el valor exacto de los tres puntos suspensivos con que la termina. "Hijo de Fidela O, china del ejército"... La búsqueda hubiera sido ardua. El ejército era muy numeroso...

Seis años ofició don Domingo Ereño en su pequeña capilla del Cardal. En esos seis años se había transformado el caserío, por la fuerza de las circunstancias, "en una dependencia del cuartel general del ejército sitiador". Había aumentado su población, desarrollado un comercio fuerte, y ganado, a justo título, nueva jerarquía. "Queda erigida en pueblo, con el nombre de la Restauración, la nueva población formada en el Cardal". Primer artículo del decreto del 24 de mayo de 1849. Sobre él, redactado y escrito en el Saladero de Fariña, frente al campo de los olivos, la firma de Oribe y Berro.

❋

El nacimiento de la Restauración ejerció influencia en la vida del cura Ereño. Había oficiado hasta entonces en la capilla de la Mauricia, y de cuando en cuando, en la de los olivos, construída ésta a 1 kilómetro de la calle Real, en el camino del Campamento. A las dos iban los soldados de Oribe, católicos y federales. No entró nunca a ellas, con escándalo general, un capitán del batallón Lasala. Había nacido en el Cardal en 1819, y se llamaba Carlos Bonavita. Tenía ideas liberales. Era masón, y le venía de Córcega su anticlericalismo. Su padre, Serafín Bonavita, había conocido en Ajaccio las persecuciones religiosas. Lasala, por otra parte, era tolerante y comprensivo. Su liberalismo fué conocido en el ejército. Muy pronto, alguien que ha seguido de cerca su actuación en el triste episodio de Quinteros, colocará a este hombre honrado, que sufrió la execración después de muerto, en el lugar de reivindicación y de justicia que se merece.



Don Carlos Bonavita, nacido en el Cardal en 1819.

El cura Ereño oficiaba pues, en las dos capillas. Pero quería **su** iglesia. Oribe se la dió. La de San Agustín. "Su origen está exclusivamente determinado por la voluntad del general don Manuel Oribe, quien queriendo premiar a un clérigo, don Domingo Hereñú, que en la clase de capellán de los vascos le fué buen servidor durante el asedio de la capital, le autorizó para proporcionarse donaciones y toda clase de recursos, con la sola idea de que levantase una capilla como patrimonio de Hereñú".

Se trata, creemos, del único ejemplo de iglesia levantada en nuestro país en patrimonio de un sacerdote.

¿Se debió a esa circunstancia la febril actividad desplegada por Ereño en la construcción de la iglesia elevada en honor de doña Agustina Contucci, esposa del jefe sitiador? No lo creemos. Si de algo no podemos dudar, es de la legitimidad de los sentimientos religiosos y partidarios del cura Ereño. Hombre de pasiones fuertes y de singular energía, se nos muestra. "Elocuente en la línea de pedir', lo llama uno de sus comentaristas. Llegó a obtener de un solo feligrés de la parroquia, una contribución de cuatro mil pesos. "El mismo general Oribe daba mensualmente algo, y aún tenía Ereño la asignación de un tanto por cada piel de animales vacunos y caballares que se embarcaban por el puerto del Buceo". Se explica el optimismo de Ereño. Contaba ya con el terreno, donado por el antiguo vecino don Tomás Basáñez, y sobre el cual pudo ver el templo soñado,

FLOGIL

LOGIL

sustituye con limpieza a las cataplasmas comunes

Util en

RESFRIOS • BRONQUITIS • CONGESTIONES
INFLAMACIONES DE LA GARGANTA
FORUNCULOS • PANADIZOS

Venta en todas las Farmacias
LABORATORIO ATHENA

en setiembre de 1849, época en que se escrituró la plaza, iglesia y colegio, por cesión de parte, y permuta de tierras por otras, las que pertenecían al "salvaje unitario Juan Miguel Martínez", antes de su confiscación por el **gobierno** del Cerrito. El cura realizó su obra derrochando dinamismo. Fueron albañiles de la iglesia de San Agustín, muchos soldados de Oribe, Santiago de Anca, botero que siguió de cerca a los 33 cuando su desembarco en la Graseada, Irigoyen, hermano de un rey del Congo y vendido como esclavo a estas tierras del Plata.

En la obra católica, Ereño jugó "el rol de sobrestante, mayordomo, ecónomo, síndico, tesorero, recaudador, pagador, contador". Hombre absorbente en una palabra. No llevaba libros, pero sus apuntes, escritos en largas tiras de papel, llegaron a ser famosos. Se llegó a dudar, en 1854, ya desterrado del país, de la delicadeza con que habría manejado los dineros de la parroquia.

✻

Se merece unas líneas este episodio.

Para nosotros el destierro de Ereño no lo aplicó Flores, triunviro, sino bajo la exigencia del padre Reyna. Había muerto en 1852 Monseñor doctor don Lorenzo Fernández, interesante figura, primer rector de la Universidad, Presidente de la Asamblea de Notables. Era entonces Vicario Apostólico del Estado. En su enfermedad terminal se preocupó de su sucesión. Dejó nombrado al padre Reyna, por escrito, y con anuencia del Gobierno.

Apenas muerto Fernández, el padre Rivero, que había sido Vicario de Oribe, presentó un documento sensacional. Por ese documento se le nombraba a él, pro-vicario. Y ese documento llevaba la firma de Monseñor Lorenzo Fernández! ... ¡Y esa firma era auténtica! ...

Inmediatamente reclamó Reyna de la autenticidad de ese documento. Llevaba, sí, la firma del Vicario muerto. Pero era doloso su contenido.

Se le habría llenado después, a ese papel que seguramente habría firmado en blanco el descuidado Vicario fallecido.

¿Quién había llevado a Rivero ese documento? Don Domingo Ereño. No sabemos, no lo sabrá nadie, si el documento en litigio, era en realidad falso, y en caso afirmativo, si el cura Ereño intervino realmente en la preparación del engaño. Pero creemos que debe buscarse en este episodio, revelado por primera vez en esta nota, la razón posible de la fobia conque persiguió Reyna al cura de la Unión, hasta llevar a Flores a alejarlo definitivamente del país. Episodio desconocido, y de cuya autenticidad no puede dudarse. Existe su expediente en el Archivo Nacional. Está caratulado: "Papel del Vicariato Apostólico".

✻

De cualquier manera podría verse en esta lucha una continuación de la recién terminada, de unitarios y federales. Lorenzo Fernández y Reyna eran colorados. Contaron con el apoyo de Flores. Ereño y Rivero, blancos, no tuvieron el de Oribe, en viaje por Europa.

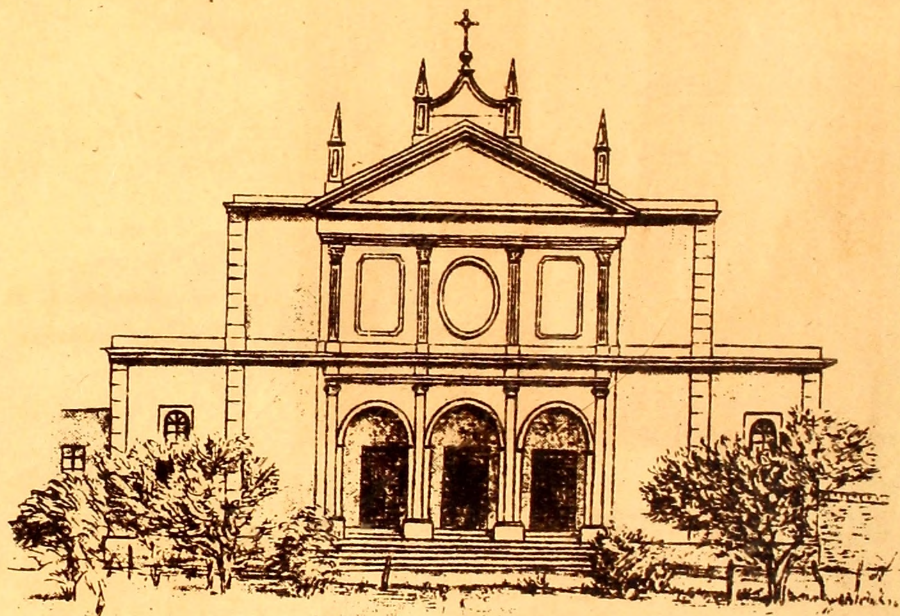
El lector desearía conocer ,tal vez, el final de esta batalla tan poco edificante. Aquí está. El pleito fué a Roma, y desde allí, la clarividencia de Gregorio XVI zanjó la dificultad con el nombramiento de un tercero José Benito Lamas. Entró éste al Vicariato frisando en los 70 años. No debía rebasarlos. Como Vilardebó, supo morir en mártir. El médico, intentado una inútil lucha contra el flagelo amarillo. El sacerdote, preparando a las almas para una probable bienaventuranza.

✻

Se construyó San Agustín bajo la dirección de los catalanes don Vicente Mayol y don Antonio Fontgibell. Su aspecto primitivo es el que nos ofrece el grabado de Berta. Sin torre. Fué inaugurada en medio de fiestas extraordinarias que duraron varios días, en 12 de octubre de 1849. No estuvo Oribe en la inauguración. Hombre enfermo, era frecuente verlo postrado en cama. Padecía ya en esa época una baciliosis intestinal, y hacía uso diario de la leche de burra, a la que se atribuía entonces excelentes cualidades curativas. En octubre del 49 debe haber padecido una crisis fuerte y prolongada. No se explicaría de otra manera su ausencia en el acto solemne de la inauguración de **su** iglesia. Para ese acto delegó a don Bernardo P. Berro, y fué éste quien presidió la ceremonia.



San Agustín en 1903, visto desde la torre del Asilo, demolida.



La primitiva iglesia de San Agustín, sin torre. — (Dibujo de H. Berta).

Cuatro batallones del ejército, bajo el mando del coronel Lasala, dieron brillo a los festejos populares. Don Carlos Anaya fué padrino de la iglesia inaugurada. Don Pedro Olave apadrinó las campanas.

En Entre Ríos pasó Ereño los últimos años de su vida. Cura párroco de Gualeguay, alternaba su devoción religiosa con la delicada y compleja función de agente político de Urquiza. Fué un verdadero nexo entre el Señor de San José y los blancos que llegaban hasta él conociendo su influencia con el caudillo. Se convirtió así, en un personaje de importancia. Lo visitó Blanes cuando se trasladó al litoral para inmortalizar en el lienzo la heroica Defensa sanducera.

Hecho inexplicable para nosotros. Todo día de su vida, lo acercaba más y más a Urquiza. A Urquiza, que había derribado a Oribe, arrancándole la paz de octubre.

En 1871 lo atrajo Buenos Aires. Allí murió, de "una pequeña enfermedad", manos heladas, rasgos afilados, palidez marmórea. El cólera.

✻

Miguel Barreiro tuvo por muchos años, junto a su cama, los huesos de su madre.

Domingo Ereño, viscaíno de pasiones fuertes y de exaltadas conviciones políticas, guardó en Concepción del Uruguay, desde 1866 hasta su muerte, una urna con huesos humanos.

Los huesos de Leandro Gómez.

Descarnados por Mongrell habían encontrado en el hogar de aquel cura de aldea, un cálido descanso. Y una piedad suprema...



Los restos de Ereño, traídos a San Agustín en 1882, descansan hoy en el Buceo. — (Fotografía de A. B Oribe).

M. Ferdinand Pontac.

FUENTES ESCRITAS:

a) "Catecismo G. P. H. de la R. O. del U." de Juan Manuel de la Sota. 1855.

b) "Memoria que los feligreses de la V. de la Unión, dedican al fundador de S. Agustín, don Domingo Ereño". 1854.

c) "Militares argentinos al servicio del Gobierno Uruguayo". "La Prensa" de Bs. Aires. Julio 7 1935. (Artículo de J. M. Fernández Saldaña).

d) Fichas de Ariosto Fernández, Eustaquio Tomé, Aquiles B. Oribe y del autor.

e) "Recuerdos de mi tiempo", de Antonio Pereyra.

EL EXITO DE LAS RUBIAS

Hoy en día las rubias son las mujeres de gran éxito en la vida mundana. Las personas observadoras que han frecuentado los grandes centros sociales de Norte América, Europa y especialmente París, nos confirman nuestra opinión.

La mujer francesa es en general trigueña como la uruguaya y sin embargo se observa un elevado porcentaje de mujeres con cabellos rubios. En nuestra sociedad esta moda se ha generalizado gracias a la facilidad con que se decolora el cabello. El metodo francés que es el que se usa aquí consiste en aplicarse durante 3 días la manzanilla "verum" que se encuentra preparada en todas las formacias y de este modo el pelo toma uniformemente un color rubio dorado encantador. La manzanilla verum es económica y se emplea en casa como una simple loción.







CINE

EN LA MISMA MONEDA

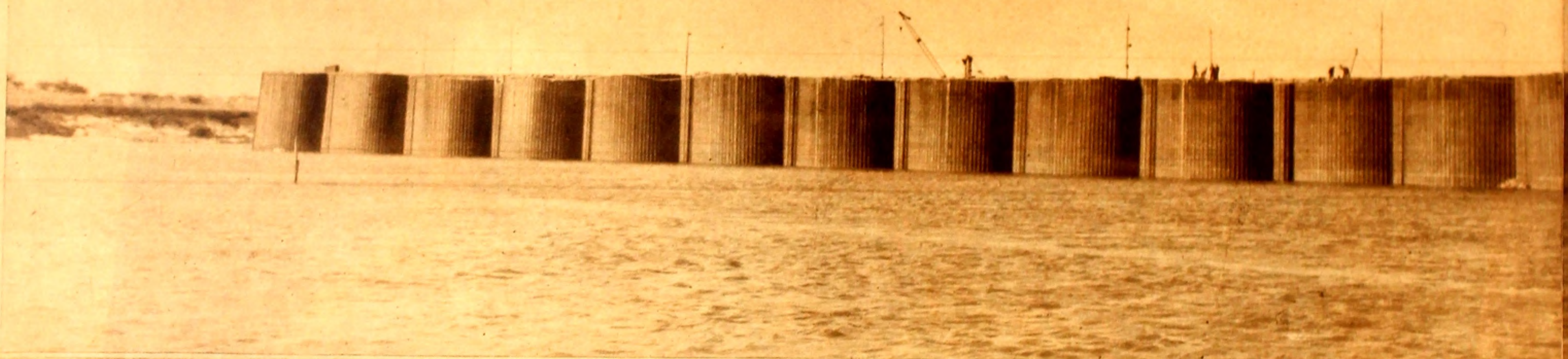
Cine METRO ofrece actualmente un nuevo episodio de la familia Hardy, que ya hemos conocido en "Paso a la juventud". Los mismos intérpretes de ese film intervienen en éste: Mickey Rooney, Lewis Stone, Cecilia Parker, Fay Holden, etc.

SOCIALES



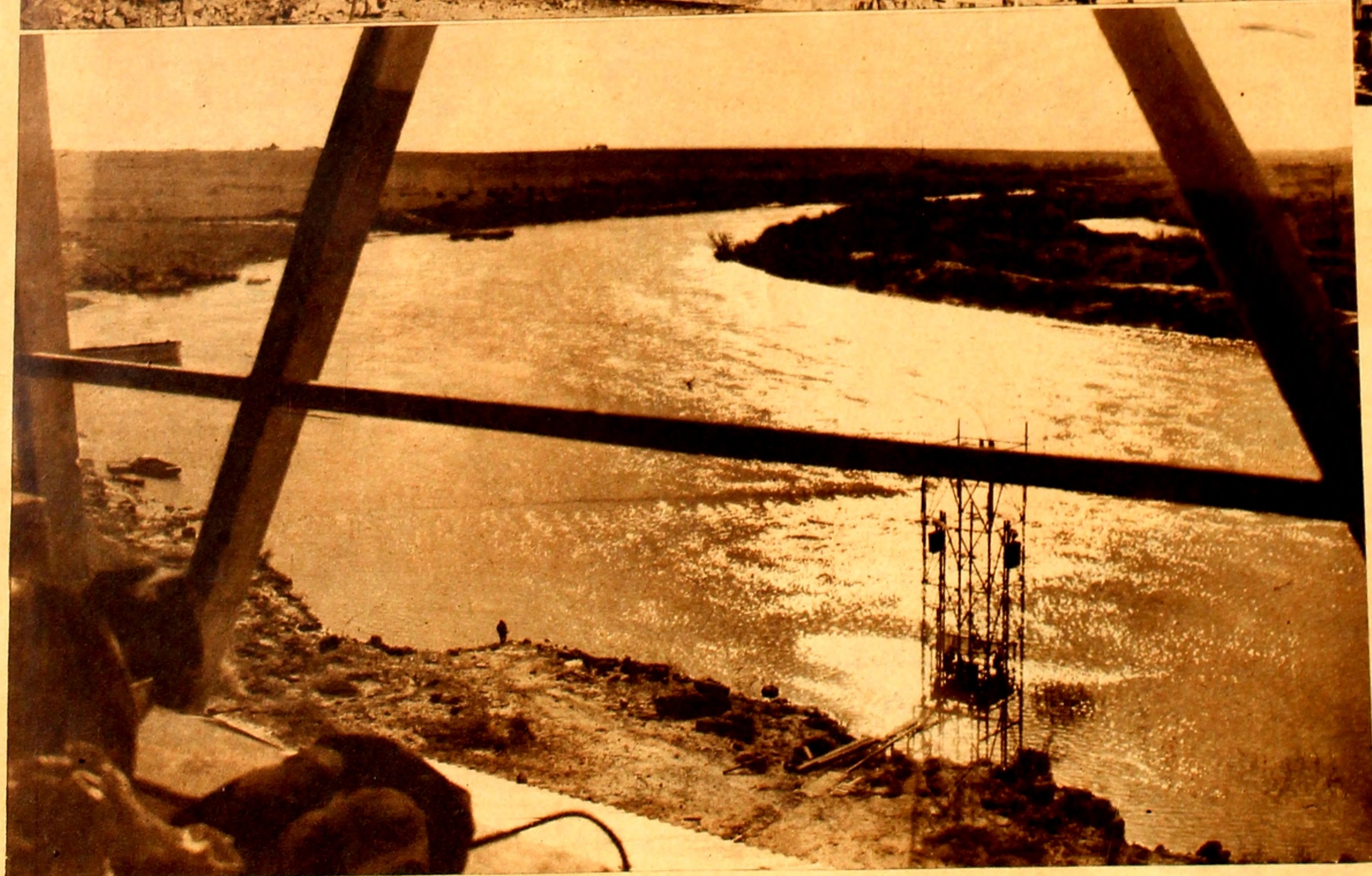
Señorita **MARTHA BARRERA MAURO**

RINCON DEL BONETE





De este lugar arrancará el murallón de cemento armado, con cincuenta metros de espesor, que habrá de contener la corriente del Río Negro.

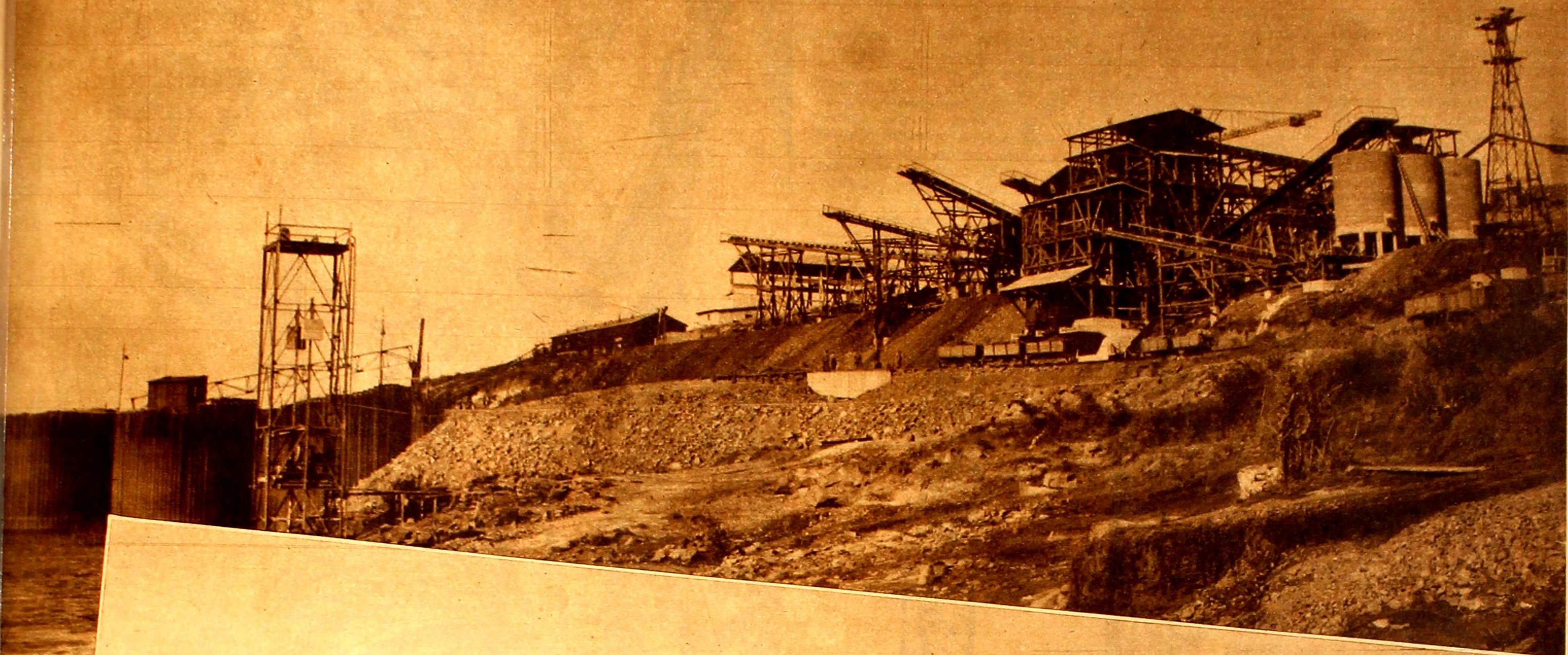


Punto en que se está instalando la muralla de contención. La foto tomada desde la gran altura de unas instalaciones mecánicas, es de una gran belleza. El punto negro colocado sobre la ribera, es una persona puesta para dar idea de la proporción. Apenas se le advierte, y ello denota la magnitud de estas instalaciones.

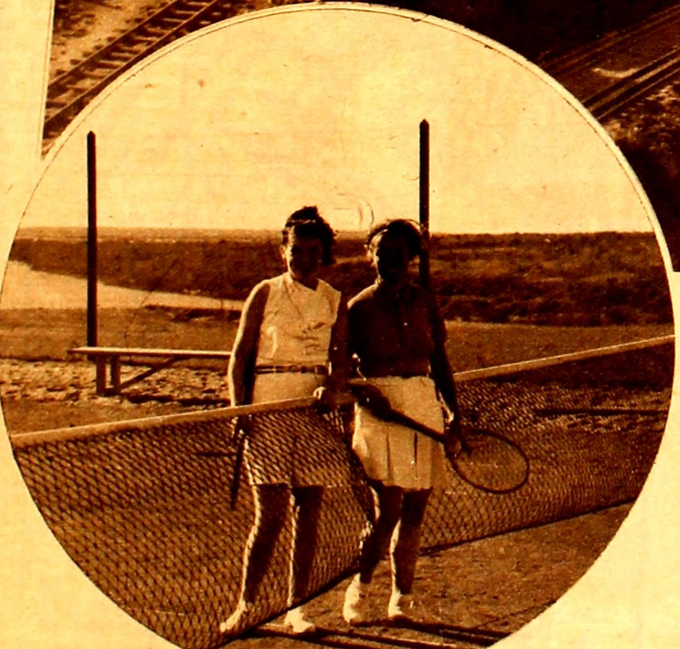
ESTAS notas muestran el estado de las obras de la represa del R gro, en el Rincón del Bonete, sobre oportunidad, financiación, y demás c tancias que la han convertido en una gada aventura, no es este el mome el lugar de insistir, limitándonos a nerla como obra maravillosa de la in ría, en la que tanta participación los técnicos nacionales.

El trepidar de las perforadoras en cho del río, ya desecado en la mita bajando sobre la piedra viva; el ca ajetreo de máquinas; el intenso mov to de la nutrida población obrera, y gada, seis veces diarias, del ferrocarr une el Rincón con Santa Isabel, y c con Montevideo, han convertido este pastoril en un centro nervioso que su placidez eglógica. Las edificacione ra el personal obrero y sus familias, lets para los técnicos, oficina, com escuela pública, instalaciones de ag rriente con una alta torre vigía que na todo el valle, y cuanto hace un biación moderna e improvisada, dan te Rincón del Bonete un carácter si y atrayente, acentuado por el contra un rancherío opaco y triste que hace destacada la blancura y limpieza d novísima población, dividida en dos nidas, la Uruguay, en que habita lo nada, y están instalado el amplísim medor, (modelo de higiene, orden y tura); y la avenida Alemania, de pob rubia, con cancha de tenis, y ese a te propio que se denota en el arreq queto de las casitas, por cuyas ve se advierten telas livianas y blancas midos por lazos tersos, y perchero chos con cabezas disecadas de an con mucha cornamenta ornamentosa vos que ensartan en sus cuernos un na, un bastón y una bufanda.

Las ataguías, murallas de hierro con relleno de tosca, han contenido más de la mitad del curso del río, desviando su corriente.



Lecho desecado del río en el que, según afirmación de un técnico de las obras, no se advierten filtraciones, una de las amenazas de la obra que parece desaparecida.



Cancha de tennis, con elegantes jugadoras rubias.



ARTE CATALAN

GRABADOS EN MADERA

CON la eficaz colaboración de "Amigos del Arte" el pintor Héctor Ragni ha podido realizar en Montevideo la interesante exposición de grabados en madera, hermosa colección que posee desde hace años, recuerdo de su larga estada en Barcelona. Es de destacar entre el material expuesto, ejemplares de los siglos XV, XVI, XVIII, y XIX, impresos de la época con aquellos papeles de exquisita calidad en los que el tiempo ha agregado el prestigio de su pátina inconfundible, dándoles singular belleza.

Estampas religiosas, romances populares, solaz de un pueblo fuerte y sano, pero con un fondo de ingenuo lirismo, todo está en esta exposición cantando su estirpe artística, desbordante de gracia con su sabor de época.

Junto a ellos, también hay realizaciones de tres notables grabadores catalanes modernos, continuadores de la gran tradición del grabado: Enrique Ricart, Francisco Canyellas y José Obiols, quienes han fijado su palabra de arte en el duro "boj", que en sus manos parece volverse blanda arcilla en la que han creado todo un mundo de imágenes que, al igual de las de sus antepasados, responden al gusto y características del pueblo catalán.

Exposiciones como ésta, que aún puede verse en "Amigos del Arte", constituyen un verdadero estímulo para nuestro ambiente y contribuyen al fomento de la cultura del país.







Grabado del contemporáneo Canyelas



Grabado del contemporáneo Obiols.



Grabado del contemporáneo Canyelas



Grabado del contemporáneo Canyelas







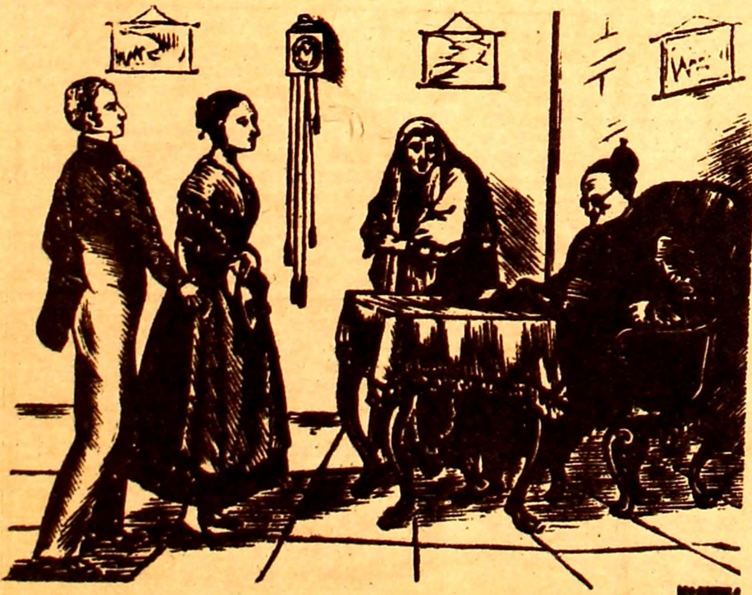
Más sabrosa que nunca encontrará Ud. la clásica parrillada criolla si la condimenta con Savora. Savora realza el sabor de la carne y da también al pescado y a las salsas un gusto delicioso. Téngala siempre en su mesa.

SAVORA HACE MAS APETITOSAS LAS COMIDAS

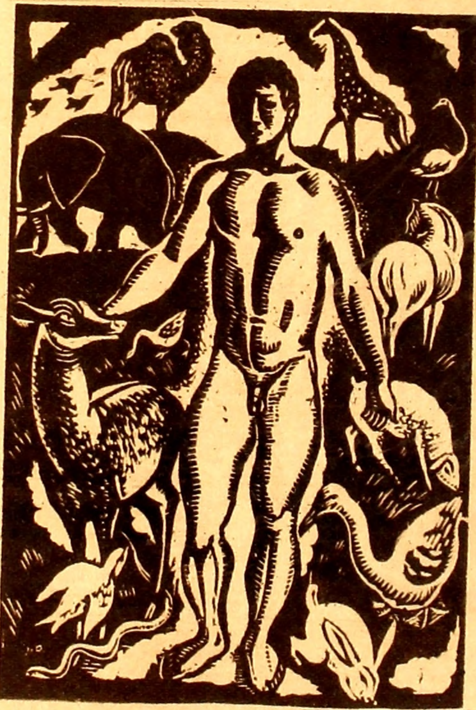












Grabado del contemporáneo Obiols.



Grabado del contemporáneo Obiols.



PEINADOS CHEBI

El establecimiento por excelencia para la Ondulación Permanente, presenta: su

GRANDIOSO
ENSANCHE

de 50 gabinetes para embellecimiento femenino:

El conjunto de profesionales seleccionados entre los más expertos, espera y agradece sus órdenes en:

18 DE JULIO 1232
U. T. E. 85915

EL ESPEJISMO DE EUROPA

(Especial para "EL DIA")

Un capítulo de la novela "HOMBRES EN SOLEDAD", del escritor argentino MANUEL GALVEZ, que aparecerá en el curso de esta semana editada por el "Club del Libro", de Buenos Aires.

*

CLARAVAL dedicaba las mañanas a su trabajo literario. De los pleitos raramente se ocupaba: se los dejaba a su socio Arnol. Pero a menudo, el haragán que había en él — lo hay, más o menos oculto, en todo argentino — se inventaba pretextos para holgar. Uno de ellos era el viaje a Europa. Bastábale, para hacerle perder una mañana o dos, cualquier conversación del día anterior sobre ese tema. Empleaba la palabra "perder" porque su trabajo se atrasaba; pero esas mañanas eran las mejores de su vida, momentos de ensueño, de abstracción de cuanto le rodeaba y de auténtica dicha.

Poseía una colección de guías, de libros de viajes, de horarios, de folletos de propaganda turística, de fotografías, de magníficas obras sobre los países predilectos. Como al protagonista de Marcel Proust, aunque su "exaltación tenía por motivo el deseo de goces artísticos, las guías le alimentaban aun más que los libros de estética, y, más que las guías, el horario de los ferrocarriles". Durante dos o tres horas, con entusiasmo y fruición, planeaba un viaje. Escribía sus proyectos a máquina, en una gran hoja: nombres de ciudades, tiempos de permanencia, distancias en kilómetros y en horas de tren. Cuando debía decidirse entre una ciudad y otra — imposible verlas a todas — estudiaba la dificultad con mayor empeño que la defensa de un cliente o el tema de alguno de sus ensayos. Y en otra hoja anotaba los gastos con minuciosidad, como en inminencia de partir.

Guardaba docenas de estos proyectos. Los tenía escondidos — como quien guarda cartas amorosas, o como los hombres serios, pero golosos, que, por temor al ridículo o a perder su importancia, ocultan en su escritorio los caramelos y bombones que comen cuando nadie los ve — por pudor, pues pertenecían al mundo de su más secreta intimidad: estaban relacionados con ilusiones, aspiraciones, sentimientos, sensaciones e ideas que constituían su auténtico "yo". Temía que su mujer, o quien los viese, los considerara como un juego pueril, absurdo y ridículo, o como una pasión anormal, aunque él estaba cierto de que todos los seres humanos escondemos puerilidades y anormalidades que sólo dejamos salir de nuestro interior en momentos de soledad. Esos planes eran el reflejo de su verdadera vida. Tan convencido estaba, que había copiado en un cartón esta frase de Proust: "Aún desde el punto de vista realista, los países que deseamos ocupan en cada momento, en nuestra vida verdadera, mucho más lugar que el país en que efectivamente nos hallamos". Europa ocupaba en la existencia cotidiana de Claraval un sitio más vasto y profundo que la Argentina; y por esto, por vivir espiritualmente en mundos lejanos — mundos de sueños — resultaba un inadaptado a la realidad. Por esto también era un pésimo abogado y por esto andaba mal entre la gente. Pensaba en Venecia, y le hablaban de política; pensaba en París, y le recordaban la inminencia de un informe in voce. Jamás disminuía su pasión, y para estimularla desenclaustraba sus planes. Cada tantos días estudiaba de nuevo alguno de ellos, lo perfeccionaba, le agregaba pormenores de acuerdo con recientes lecturas o informaciones. A veces, desesperado, los rompía, para empezar días después. ¿Se iba a Europa un amigo, un pariente? Ya tenía pretexto, estimuladas con eso su imaginación y su pasión, para iniciar la nueva serie.

Aparte de este placer "material" de planear viajes, había para él otro mayor, exclusivamente estético y espiritual, engendrado unas veces por sus proyectos y otras ajeno a ellos. Era el de soñar. Pasaba horas abstraído rigurosamente de la realidad porteña, recorriendo claustros medioevales y salas de museos ilustres, contemplando arquitecturas prodigiosas y rincones de antigua belleza. Cuando, bajo la acción de sus pensamientos, narcotizado de ilusiones, salía a la calle, no se preocupaba de la fealdad de Buenos Aires, —uno de sus cargosos temas — porque no la veía. ¿En qué podían molestarle las calles monótonas a quien estaba henchido de Toledo o de Asís? La interminable sucesión de manzanas cuadradas se trasmutaba a sus ojos en callejuelas características, en rincones que tenían el tono de las aguasfuertes, en multiplicidad de planos y de colores. La ausencia de montañas circundantes, de un río que cruzara la ciudad, de "ronds-points", de fuentes, de las sorpresas con que nos encantan las ciudades de Europa — obras a la vez de la naturaleza y del hombre, del trabajo y del espíritu — no era notada por él en aquellos días. Diríase un enamorado, y lo era, en verdad. Era el Romeo de Julieta-Europa.

Sus imaginaciones le hacían bien: le daban consuelo. Permanentemente, sentía un vacío espiritual a su alrededor, un vacío ilimitado y doloroso, en la ciudad, en los seres, en sí mismo. Pero apenas empezaba a vivir sus sueños, el vacío desaparecía. Era su caso el de quien, ahogándose junto a una playa, siente, de pronto, que sus pies tocan fondo. Pero poco le duraba la dicha. Fuese que un pormenor le mostrara la imposibilidad de sus proyectos, o que llegara a este resultado por la reflexión, al fin se entristecía, llegando a veces hasta quedar abatido y aun exasperado. Si esto último ocurría, tornábase rezongón en su casa y antipático a sus amigos y a Arnol; y, así, lo que había comenzado por un placer intenso, terminaba en la desesperación, ya que nada le afligía tanto como el pensar que no pudiera jamás volver a Europa. Nada, ni los hijos, le compensaba de su desgracia. Sólo se olvidaba en el trabajo. No el abogadil — ¡un castigo! —, sino el literario, el dedicarse a un tema que le apasionara. Lamentablemente para él, su vocación no era poderosa. Deseaba tener la pasión y la fecundidad absorbentes de los creadores geniales, ser novelista de aquellos que publican uno o dos volúmenes por año. Así olvidaría de veras. Pero él no pasaba de un ensayista, de un comentador de la obra ajena. Su don existía, pero era limitado. No llegaba a la pasión. Por esto no lograba evadirse de su torturante hechizo.

Solía preguntarse de qué abismos de su ser procedía su dolencia. Recordaba cómo nació en él su pasión. Había hecho un viaje a los veinticinco años, sin suficiente preparación intelectual ni espiritual para comprender a Europa. Llevaba dentro de sí una multitud de ansiedades indefinibles, de curiosidades, de presentimientos. En cuatro meses vió demasiadas cosas, con agitación y en caótico hacinamiento. No aprendió mucho, pero su ser entero, violentamente sacudido, quedó marcado a fuego. Recordaba sus lágrimas al enfrentarse con los ilustres monumentos de los siglos pretéritos; sus noches sin dormir, semifebricientes; sus alegrías casi infantiles y sus sufrimientos al querer comprender lo que entonces era para él incomprensible. Exaltaciones, desesperaciones, contento, dolor.

Volvió en apariencia satisfecho, pero torturado por saber, por penetrar en el espíritu de las cosas con las que tuviera tan rápido contacto. Sentíase crecido por dentro, salido de una infancia espiritual. El trabajo y el noviazgo apaciguaron un poco sus inquietudes, que revivieron a los cuatro o cinco años de matrimonio, esporádicamente. Ahora estaban convertidas en pasión, no sólo en el sentido de amor violento, sino también en el sentido griego de enfermedad, de sufrimiento.

Pero este mal era idéntico al de muchos. El lo adivinaba en los demás por una frase, un gesto, un suspiro. Lo juzgaba un fenómeno colectivo, aunque sólo afectase a un número limitado de personas. Era la nostalgia de los remotos o próximos fundadores de nuestra patria y que ahora revivía en nosotros, sus descendientes. Hombres de todas las razas, no pudieron volver a Europa. Aquí arraigaron y prosperaron, pero en sus almas quedó la nostalgia de la patria perdida. Y ahora nosotros, herederos de sus penas, sufrimos, con el aumento de intensidad de lo acumulado en años, quizás en siglos, el ardiente deseo que ellos se llevaron a la tumba. Otras veces, pensaba Claraval que "el mal de Europa", dolencia de los seres sensibles, nacía de la necesidad de un poco de belleza cotidiana para poder vivir. Cuanto más inclemente se hacía el materialismo de la gran ciudad, más aumentaba la oposición entre ella y esos seres. Esto veíase claramente entre los que pertenecían a familias de abolengo, porque a ellos les ofendía más que a los otros y más les hacía sufrir la transformación moral de la ciudad, su incontenible tendencia hacia formas bárbaras y brutales. ¿En dónde encontrar un refugio contra la barbarie invasora? No lo encontrábamos en nuestro torno, y entonces mirábamos hacia Europa, única salvación. Buscábamos allí lo que no teníamos: belleza, espíritu. El hombre de Buenos Aires carecía hasta de paisaje, que era para él una aventura. Había bellos paisajes en la Argentina, pero harto lejanos, y no tenían todavía un sentido, no habían sido humanizados, no habían sido incorporados a nuestra vida, a nuestros dolores. Buscábamos también en Europa la emoción de los grandes seres que vivieron en otros tiempos y de los hechos trascendentales ocurridos en el mundo. Nuestra historia, tal vez por demasiado próxima, todavía no nos emocionaba. Acaso emocione a los argentinos que vivan dentro de cincuenta años. Claraval comparaba su frialdad al saber que pisaba los campos de la batalla de Salta con la impresión enorme que a media noche, al detenerse el tren, le produjera este grito: "¡Salamanca!".

Nadie sabía hasta qué cumbre de angustia alcanzaba en Claraval "el mal de Europa". Hablaba poco, y con moderación, de sus proyectos. Sólo ante los sospechosos de su misma enfermedad la revelaba, y no del todo. Encontrarse con alguien que padeciese de su misma locura era un goce sin límites para él. Los dos sentíanse pertenecer a un mundo aparte. Entonces surgía entre ellos una emoción que los unía en un mismo ensueño, que anunciaba una amistad, y a la cual dejaba en simple amago el clima moral de Buenos Aires, hostil a la amistad verdadera.

Pero Claraval no se limitaba a fabricar planes: buscaba también su realización. Al asociarse con Arnol, se ilusionó. Un fracaso, esta asociación. Arnol, falto de relaciones, apenas llevaba pleitos al estudio. Claraval no carecía de relaciones, a lo menos por el lado de sus parientes políticos; pero nadie se acordaba de él, sin duda porque pensaban que un literato debía ser un pésimo abogado. Cada día iba peor el estudio, y ahora, con la crisis, la catástrofe lo amenazaba. Tampoco podía esperar herencias. Su padre era un pobrete. Sus suegros no pensaban morirse, aunque alguna vez Claraval, en su delirio, vió en el hoyo al pobre Ezequiel y a él y a Andrea con los setecientos mil pesos que hedederían. Otras veces mandaba al otro mundo a Agustina, pero esto le producía poco: la fortuna la había llevado al matrimonio Ezequiel, de modo que apenas existirían bienes gananciales. Un remedio quedaba: acercarse al gobierno y conseguir una secretaría de legación. Pero ¿cómo? Aunque simpatizaba un poquito con los radicales, considerábasele, por su casamiento con una Toledo, conservador. Para peor, el presidente, enfermo, según unos, secuestrado por un grupo de sus fanáticos, según otros, recibía a muy poca gente. El hombre que hacía esperar meses en las antesalas de la Casa de Gobierno ¿cómo podía recibirle a él, escritor distinguido — mal título — y abogado de mala muerte, que no era partidario suyo, ni persona importante, y que sólo iría a pedir?

Aquella mañana que siguió a la llegada del Bebe, Claraval aún no del todo reconciliado con Andrea, proyectaba — por primera vez — un viaje sin su familia. Hasta entonces nunca planeó ir solo; y cuando hubo de hacerlo se detuvo, no queriendo "traicionar" a su mujer. Ahora tenía el pretexto para no llevarla de haber empeorado su situación económica y bajado el peso. Observó que cada tentativa de viaje sin Andrea coincidía con un resentimiento, y la supuso obra del subconsciente, que pretendía convertir en separación material — llevándole tan lejos de ella — a la separación moral nacida de ese resentimiento. Ahora estaba resuelto a ir solo, aunque fuera por dos meses. Pediría a un Banco los tres o cuatro mil pesos que necesitaba. Sabía, sin embargo, que ese viaje era harto difícil de realizar. Su mujer no consentiría que la dejara. No obstante, él lo planeó como si fuese viable y con cierto espíritu vengativo hacia Andrea.

Salía feliz de su mañana de ilusiones, aunque con algún remordimiento, cuando Andrea se apareció en el escritorio. Revelaba una preocupación en los ojos, en las líneas de sus labios y en alguno de sus movimientos. Esa preocupación hacía más inestable que de costumbre su mirar, le obligaba a arquear los labios y a llevar las manos hacia direcciones inútiles o injustificadas y ponía en su cuerpo timideces de niña y decisiones de mujer celosa. Claraval recordó sus confidencias de la noche anterior. Entre él y su mujer no había comprensión en el sentido de no entenderse en el modo de ver la vida, pero la había en el sentido de conocerse. Claraval no necesitaba oir hablar a su mujer para enterarse de sus sentimientos y estados de ánimo. A fuerza de rozarse los espíritus, de los intentos de adaptación, de verse todo el día, cada uno había llegado a ser "un libro abierto" para el otro. Claraval imaginó también que sus pensamientos de esa mañana habían atraído a Andrea y que ella se aparecía a pedirle cuentas, o como un testigo de su traición.

—¿Qué hay? — preguntó Claraval, cerrando rápidamente la cortina de su escritorio americano, como si hubiese terminado su trabajo y a fin de que ella no viese sus papeles.

Gervasio, cuando ella se le acercó, trató de mostrar indiferencia, una indiferencia que a Andrea no la invitaría a quedarse sino un instante y que para él era también una manera de defender su soledad y su secreto y de prevenir la dramaticidad que pudiera cobrar el diálogo. A Claraval, como a muchos agresivos, no le gustaba discutir y detestaba toda situación dramática, salvo que él la crease; y aún así, siempre

Su Elegancia



Antes de ponerse la faja, empólvese con Talco Williams. Se sentirá mucho mejor.

En cuatro delicadas fragancias: clavel, rosa, violeta o lila. Se vende en farmacias y perfumerías en envases de $ 0.50.

Es elegante usar el Talco Williams, porque este talco contribuye eficazmente a mantener la elegancia de de quien lo usa. Hecho con el talco más fino del mundo, tamizado en seda y perfumado con flores, es una exquisita caricia para la piel.

El Talco Williams suaviza el cutis sin resecarlo, conserva su aroma durante horas y da al cuerpo esa fragante frescura tan importante en el "chic" femenino como para la propia comodidad.

Cuesta más debido a su calidad superior, que lo hace el preferido de las mujeres de buen gusto. Pruébelo hoy, quedará maravillada de la diferencia.

Talco **Williams**

se arrepentía de haberla creado. Toda discusión era para él violenta por lo que le excitaba, le absorbía y le dejaba obsesionado por cuarenta y ocho horas. Las discusiones con Andrea eran conversaciones en tono vivo, levantado y dogmático. Pero ambos sentían que de la boca para adentro, en el mundo interior de cada cual, se formaba y ocultaba una cierta violencia. En ese momento, cada uno detestaba al otro, aunque las palabras lo ocultasen.

—Quisiera que habláramos...

El tono de Andrea era el de un pedido, pero Claraval sabía que disimulaba una exigencia. Tuvo la tentación de rehusarse, con algún pretexto. Pero esto ¿no sería enderezar a lo dramático, a la discusión desagradable en el fondo aunque no en las palabras y a la violencia en las resoluciones? Sentóse en el sofá, junto a su mujer.

—Estás desesperado por ir a Europa...

—Lo deseo. ¡Pero tanto como desesperado...! — opuso él, defendiendo su morada interior.

—Nunca lo ocultaste, cierto. Pero anoche lo dijiste de una manera... Al principio, no me dí cuenta. Después he comprendido. Lo que dijiste anoche fué una ofensa para mí y para tus hijos. Hablaste de la necesidad urgente de ese viaje, de tu resolución de hacerlo. Y como todos no podemos ir, deduzco que piensas ir solo.



—No sé cómo puede ofenderte mi aspiración de ir a Europa...

Se miraron como enemigos. Silencio cargado de flamantes antipatías.

—¿Tienes tantas ganas de ir solo?

La voz suave y estremecida de Andrea impresionó a Claraval. ¿No sería cruel decirle que pensaba dejarla e ir solo, "a pasear"? El no iría a eso, pero a juicio de ella todo viaje era un paseo. ¿Y cómo decirle que, tan faltos de dinero como estaban, él se endeudaría más, solamente por su placer? No, no debía mostrarle todo la vedad. La atenuaría, y tal vez con el tiempo se habituara a la idea de ese proyecto que odiaba.

Se acarició la calva, y contestó:

—No... no tantas... Claro que no... Naturalmente...

No la miró. Sus ojos iban de aquí para allí, por no encontrarse con los de ella. Andrea le observó. ¡Debía quererla poco cuando pensaba dejarla! Pero como las palabras, por falsas que sean, siempre dan algún convencimiento al que desea convencerse, Andrea se calmó. Sus facciones, que estuvieron a punto de deformarse por la emoción, volvieron a su quietud.

—¡Quiero ir con todos! — estalló él, con voz y gestos exagerados. — Ahora si no se puede...

Quiso decir: "Si no podemos ir todos, iría yo solo". Pero ella entendió: "Si no podemos ir todos, nos resignaremos..." Andrea quedó contento. Gervasio vió una iluminación en sus ojos, que buscaban un encuentro con los suyos. Se resolvió a la hipocresía caritativa de dejarla con su ilusión. Pero se propuso emplear poco a poco su habilidad para vencer su resistencia. Inventaría un pretexto que justificara su viaje, por ejemplo, una misión oficial, honoraria e inútil, de aquellas que los ministros no niegan: el estudio en Europa de las cárceles o del urbanismo o de las escuelas de sordo-mudos.

—Lo dejo trabajando — dijo Andrea, con el tratamiento "de usted", que denotaba el retorno del afecto.

Alejada su mujer, Claraval reabrió el escritorio. Siempre lo dejaba cerrado, pero sin llave: la cerradura estaba rota. Le haría poner nueva cerradura. Era necesario tener bajo llave esos papeles, ahora en exceso comprometedores. Hacía años, le había mostrado a su mujer alguno de sus proyectos, que a ella no le interesaban mucho. Después de la conversación de esa mañana, se guardaría de permitirle sospechar que preparaba una escapada, o que la soñaba. Su placer de planear viajes iba a tener para Claraval un encanto más: el de lo prohibido y peligroso. Y aparte del viaje, había tal cantidad de vida propia, de vida en la soledad y el apartamiento, contenida en esos papeles, eran de tal modo producto de sus sueños y esencia de su intimidad, que mostrárselos a Andrea hubiera equivalido a decirle: "Mira todo lo que he vivido sin ti, lejos de ti y aun contra ti".

¿Y haría ese viaje alguna vez? Deseábalo con tan tremenda vehemencia, que no dudaba de su futura realidad. ¿No se convierten en hechos nuestros sueños, cuando ponemos a nuestro servicio una voluntad enérgica y constante? Pero la situación del país... La moneda bajaba, y esto encarecía los pasajes en los barcos y la vida en Europa. Se anunciaba una crisis. Pensó en la revolución. No creía mucho en ella. Los argentinos actuales, sin carácter, coraje ni patriotismo, comodones, serviles, sibaritas, afeminados, ¿se levantarían contra el gobierno, dueño del ejército? Incompatibles la molicie con la austeridad del combate; el cabaret, con el máuser. Tal vez el ejército. Pero ¿habría algún general que se animara? Hablábase de Uriburu. Claraval pensaba complacidamente en esta posibilidad: Uriburu era amigo de los Toledo. Si la revolución triunfara, pediría al gobierno un cargo diplomático. Hasta el de segundo secretario aceptaría con tal de vivir en el mundo que soñaba.

La sirvienta entró con una tarjeta. Ordenó hacer pasar a su visitante, un tal Román Talassa, condiscípulo suyo en el colegio. Su amistad fué afecto de hermanos. Después, dejaron de verse.

—¡Román! ¡Tanto tiempo! Dos, tres años... Te encuentro más flaco y más alto.

Talassa, sentado junto a su amigo, sonreía penosamente. Claraval vió que sólo pensaba en el motivo de su visita y que sufría. Claraval, suprimiendo preámbulos le preguntó qué le atraía.

—No sé cómo empezar — contestó Talassa, demostrando, al sonrojarse, que su timidez persistía a través de los largos años. — No me he atrevido a contárselo a nadie. He pensado en muchos abogados que conozco y me he resuelto por tí. Has sido mi único amigo verdadero, aunque después la vida nos haya separado.

—Te escucho, Román. Soy tu amigo de siempre.

Talassa, tartamudeando un poco, cambiando de colores, expuso su caso. Hacía seis años, en París, se había casado con una húngara. Una belleza, y además inteligente y cultísima. Claraval observaba a Talassa. Ya no tenía el cutis terso de hacía tres años, ni la piel rosada, tan de acuerdo con su expresión de niño. Ahora tenía el rostro ajado y arrugado y su piel tiraba al amarillo. Sólo conservaba la finura de su tipo y su aire ingenuo y bondadoso.

—Adolfina se casó enamorada — se animó a declara Talassa, poniéndose rojo.— Pero también soñaba con la Argentina, con las pampas, con nuestra vida, que suponía de un interés apasionante. Una romántica...

—¡Infeliz criatura! — exclamó Claraval. —Por supuesto que se desilusionó...

—Espantosamente. No se conformaba con la vida de hogar. Todo aquí le parecía abominable. El ambiente le resultaba infernal. Se sentía en una soledad sin límites. Yo le decía que tratara de quererme más. Me contestaba que yo no entendía. Quería volver a París, aunque fuera por un mes. Yo no podía pagarle el viaje. Mis pocos bienes han volado. Vivo de cuatro cátedras. Pero ella ahorraba y sus padres le mandaron algún dinero. Y un día se embarcó para no volver. Me dejó con los chiquitos, uno de cinco y otro de cuatro años...

Calló. Su simpático y pequeño rostro afeitado se había convertido en una gran mueca dolorosa. Claraval no se animaba a preguntar. ¿Se habría ido con otro Adolfina? ¿Se habría casado allí?

—De esto hace un poco más de dos años. Hace uno que no me escribe. He querido esperar el segundo aniversario de su huida para tomar una resolución. Le he escrito cartas angustiosas, llamándola. Le he mandado fotografías de los chicos. No se impresiona. Al principio me anunció que volvería. Después, sólo me ha escrito para decir abominaciones de esta ciudad y cantar las bellezas de Budapest, donde nació, y de París. Me habla del horror de vivir en Buenos Aires, de las soledades que ha pasado, del vacío que fué su vida.

—¿Estás seguro, Román, de que no se ha ido por otra causa?

La pregunta era brutal, pero necesaria al abogado.

—¿Amores, quieres decir? — exclamó Talassa, enrojeciendo lastimosamente. — No, no. Es honesta. Pongo mis manos en el fuego. Su vida fué ejemplar aquí. Argentinos que la han encontrado en París me dicen que su conducta es muy seria. Hay más, y por raro que te parezca: estoy convencido de que me quiere y de que quiere a sus hijos. ¡Pero es tan grande su terror de volver!

Claraval comprendía a esa mujer. Pensó que él debiera haber hecho lo mismo.

—¿Me aconsejas la separación? — preguntó ansioso Talassa.

—No. Vas a escribirle una carta muy cariñosa, por avión. Le dirás que has decidido pedir al gobierno un consulado en Europa. Y me mostrarás la respuesta.

Se abrieron enormes los ojos de Talassa.

—¡Es una gran idea, una gran idea! — repetía el pobre hombre. — Pero no me lo darán. No soy radical.

—Embárcate en la revolución, que para ti será lo mismo que si te embarcaras para Europa...

Talassa encontró un inconveniente: él no podía perdonar a esa mujer. Lo había ofendido y había ofendido a sus hijos. Era una perversa, sin corazón. Merecía que él la odiara.

—Entonces... — dijo sonriente Claraval, que en las últimas palabras de su amigo había leído el inmediato derrumbe de su resistencia al perdón.

—No debiera perdonarla ni juntarme con ella, es cierto. ¡Peeeero...!

Talassa dijo estas dos sílabas levantando los brazos y como quien se somete a la fatalidad, mientras Claraval lo miraba sonriendo.

Manuel GALVEZ.

Canas

LA CARMELA es el único producto, universalmente conocido para devolver al cabello su color natural en pocos días.

Se aplica como una simple loción y no mancha la piel ni la ropa. Hace desaparecer la caspa y evita la caída del cabello.

Cada frasco va acompañado de un folleto con amplias instrucciones para su uso.

En Farmacias y Perfumerías

DEPOSITO
URUGUAY 842 — MONTEVIDEO

AGUA DE COLONIA
La Carmela

PARA LOS DOLORES DE GARGANTA
FORMITROL
WANDER
ES INSUPERABLE
TUBO DE 30 PASTILLAS EN TODAS LAS FARMACIAS
studios alba - olivella y cía.

"Sueño convertido en realidad"



Un suave masaje de un minuto con glicerina de almendro, le permitirá pasar sin notarlo, de un sueño a la realidad. Aplicado antes de acostarse, la célula epidérmica se tonifica y revive, dando a su cutis la más perfecta expresión de juventud y lozanía.



CANAS
ELIMINELAS en POCOS DIAS
LOCION PROGRESIVA
"DE SANTO"
DARA A SU PERSONALIDAD JUVENTUD-ELEGANCIA-DISTINCION
vale solo $1.00
no mancha y se usa como colonia
En todas las farmacias y perfumerías de la república.
LABORATORIOS DE SANTO
BUENOS AIRES · RIO JANEIRO · MONTEVIDEO
Fco ALONSO ADAMI · RONDEAU 1440
U.T.E. 84884

LA SARDANA

El artículo que publicamos a continuación es una acabada interpretación del alma catalana, deseosa de emanciparse de la tiranía que pesa sobre ella, y fué escrito en ocasión de una visita hecha a Barcelona por José Vasconcelos, eminente escritor mejicano.



"La Sardana", pintura al fresco del pintor Francisco Guinart.

El gran teatro popular está lleno de un público ansioso. La Cobla acaba de aparecer en el escenario. No son más de veinte ejecutantes con violines, violas, chelos, flautas, pistones y una especie de oboes regionales: las coblas. Comienzan a tocar una música tan sonora que se diría no solo arranca ritmos al viento, sino a la misma luz. Los temas son viejos aires populares vigorosos, puros, no desvirtuados, pero sí enriquecidos con los mas audaces contrapuntos y las más frescas armonías... Una de las más brillantes, una embriagadora composión, es la "Festa Major", de Moreta, un músico poderoso como un genio teutónico e inspirado en la melodía como un italiano. Se siente que de sus sones va naciendo una música moderna; una música que no es mera pompa auditiva y agilidad técnica, sino voz de almas que aspiran a una vida de alegría, de fuerte, noble y creyente alegría. Su voluptuosidad no deprime ni embriaga; exalta los ánimos instintivamente vuelve uno el rostro para buscar el dios, el genio benéfico que ha inspirado semejante desbordamiento de ruidosa felicidad. Termina, por un instante, el estruendo de las voces sin molde, calla la revelación de la música pura; una revelación que es como otra manera misteriosa del Verbo; una manera indescifrable pero que engendra dicha y los aplausos acaban de desahogar los pechos.

La emoción tiembla en el aire. Los coros se aprestan. Son cerca de doscientos, mujeres, niños, hombres, todos rodean a los músicos; el maestro afina las voces. Se eleva el canto como una sola modulación múltiple. "En Montserrat todo llora", dice la voz compleja, sonora. Todo llora en Montserrat, comentan los instrumentos y el noble monasterio — enclavado en la altísima y rara montaña, entre peñascos gigantescos y altos cipreses que se recortan en la diafanidad, — se eleva, se idealiza, evocado por el sonido. Le descubrimos vibraciones que no hubiésemos sospechado. No sé qué tonalidades graves, llenas, sugieren las montañas; no sé qué melodías cristalinas hacen pensar en el aire enrarecido y claro, no sé qué vagas entonaciones de las voces humanas dan la emoción de una mística paz.

Llora Montserrat, la muerte del monaguillo de su Catedral. Ya no está a tus pies, dice a la virgen el coro, "ya no está a tus pies el que te cantaba. ¿Quién dejará de llorarlo? Dentro de una blanca caja, mira qué hermoso está. Parece un lirio en el agua: un lirio acabado de tronchar". Así van dando sus lamentos los versos de Verdaguer, pero los conceptos, las imágenes se pierden en el son, en las melodías de los sones y la pena se agranda y se vuelve cósmica. "Sus compañeros de celda, ya lo llevan a enterrar". El canto de los pequeños y el canto de los abades parecen nacer del cortejo ideal. "El primer verso que cante, del cielo parecerá caer; como un obsequio que los ángeles envían. Al segundo verso que cantan, se ponen a llorar. Oh virgen de clemencia, dígnate perdonarlo! Dulce virgen pía, al cielo déjale entrar. Los monjes también lloran".

La música se apaga en murmurios, pero queda en pie el canto del ermitaño. Por enfrente del coro mudo, pasa un escalofrío de revelación. El ermitaño dice: "Sentí cantar a los ángeles y entre ellos estaba ya nuestro hermanito. He visto que el cielo se abría, los ángeles cantaban y nuestro hermanito, por los aires, tocaba su violín". Se oye entonces la melodía del violín y en seguida resuenan los coros, tal que si uno de los lienzos del Angélico se animara para cantar. No faltan espectadores que también se ponen a llorar

Otra composición semi-religiosa se titula: "La Sardana de las Monjas". En el patio exterior de Montserrat, el día de la romería, toca una música profana; llega hasta los claustros el eco, el ritmo contagioso de la Sardana. Una de las monjitas, acaso la más joven lo escucha y se pone a bailar, las otras monjas la imitan; la música tiene jugueteos deliciosos y luego se interrumpe bruscamente; suena un aire grave que, en seguida, también se extingue; luego se oyen murmullos y después nada. Es que la superiora, con su presencia, ha puesto fin a la inocente, pero mundana alegría.

En uno de los números finales se toca una de esas invocaciones patéticas que parecen un derrumbamiento celeste o una desgarradura del velo sagrado, detrás de la cual resuenan las músicas y las trompetas del misterio. Toda la vida despierta de su modorra habitual se alza y asciende. Cada conciencia se dice: no sabía yo qué era, qué podía ser todo eso. Los coros se unen, se apartan, lanzan también a lo alto. El músico se ha valido a manera de andamio, de unos versos que se llaman "El Sembrador"; pero sus melodías hacen germinar las almas. Mil cosas escondidas aparecen, se multiplican, resplandecen. Creeríase que la obra entera de la creación puede comenzar de nuevo. Se ve el campo sin fin, lleno de surcos, hinchado de monte. Nos estremece la aurora. Tiemblan los cielos húmedos vibrantes de luz. La bóveda celeste se despeja, se ensancha. Pasan legionarios de una vida sin limitaciones. El coro y los instrumentos forman una sola maravillosa orquesta. La naturaleza sopla como en la gran sinfonía coral de Mahler. Los sonidos al realizarse en un ritmo magnífico y alto engendran ondulaciones como de luz; la mente se deslumbra y en el público se agita un delirio. El director de los coros se ve como en el centro de una grande y misteriosa perturbación cósmica que envuelve las cosas, conturba y sacude, acongoja y deleita los ánimos. Triunfa un impulso, un sagrado impulso que nos lleva a trascender lo humano.

Toda esta música colectiva se produce hoy, lo mismo que antaño se construían las catedrales; todos los ingenios de la epoca contribuyen con sus luces; los poetas dan los versos; los músicos la melodía; los jóvenes sus frescas voces. El público agradecido se vuelve a los palcos y premia con sus aplausos al ya casi anciano Apeles Mestres que ha dado una ingenua poesía para uno de los coros. Cuando llega el instante de los himnos patrióticos, todo el público se pone en pie y canta. Soplan aires de novedad, de fuerza y de juventud. Se advierte la frescura, la riqueza sin límites de un arte que se está formando. Quizás nunca se había dado al coro todo el ensanche, todo el valor que le ha descubierto Cataluña. El eco es un instrumento, su órgano, su orquesta y tanto por sus recursos como por su carácter colectivo está destinado a ser también el instrumento y la orquesta del porvenir.

Pero junto con todo eso nuevo y como base de la gran música en formación, perdura y se practica una tradición remota y arcaica. Después del concierto en un gran patio interior, próximo a la sala de audiciones, o en la plaza pública bajo la luna y el misterio de los focos eléctricos o directamente bajo las estrellas, el pueblo entero, los ricos y los pobres confundidos, se aprestan a bailar la Sardana. Los de la cobla, desde alguna plataforma un poco elevada; hacen resonar el aire misterioso y antiguo. Se pierden en el viento algunos compases, pero poco a poco, se van formando las parejas y los grupos. Del conjunto abigarrado van surgiendo rondas de bailadores. Cogidos de las manos y muy atentos al compás, forman grandes círculos y marcan los pasos apegados fielmente a la orquesta. Los rostros se inclinan un poco para observar el movimiento de los piés. Las expresiones se ven recogidas, porque el bailador ha de estar atento al número de compases. Una complicada operación aritmetica, va formando el desarrollo de las figuras. Los círculos pequeños se ensanchan indefinidamente con la admisión de nuevas parejas y dentro de los círculos grandes se forman otros más pequeños céntricos. Y no hay una sola guirnalda movible sino varias que se agitan a compás, dentro del inmenso espacio abierto. Todo el que llega puede agregarse si gusta; para todos hay sitio, como en los campos celestes. El número y la combinación de los pasos dependen de ciertas antiquísimas reglas que los acomodan a una norma sagrada. Los bailadores cuentan, danzan y cuentan; ni un reflejo de lujuria en los semblantes, apenas una vaga fugitiva sensualidad se inicia cada vez que se descubren las hermosas pantorrillas, pero no llega a la conciencia; se queda en los ojos. Las almas están en un misterio. No se trata de Dionisos; no hay frenesí en la melodía; no se trata tampoco de dibujar hermosas y puras imágenes con la actitud ondulante de los cuerpos. Se trata de buscar el misterio de las combinaciones rítmicas. A través de la música y el movimiento del cuerpo se persigue el secreto de la fuerza que mueve los mundos. El origen de este baile es uno de esos misterios que guarda esta fecunda cuenca de la civilización mediterránea, y viene de la Grecia. ¿Procede del mismo Pitágoras? ¿Contiene acaso el secreto de la dicha que los pitagóricos dejaron oculto en la música? Lo cierto es que pasan soplos sagrados. Mientras la música ahonda, investiga el espacio, los cuerpos adiestran la sustancia confusa y la mente quiere enlazar, busca el enlace divino, a través del misterio del número en movimiento placentero.

Hay un instante en que cualquier corazón capaz de sentir la existencia, puede afirmar que ha pasado un mensaje, una inteligencia de ritmo entre los círculos de los bailadores y los círculos que en el cielo, describen en su marcha las estrellas.

El precepto de Pitágoras tiembla en las almas. Los latones estremecen el ambiente proclaman la revelación. El lamento tembloroso de las coblas se convierte en raudal de júbilo. Se aproximan los últimos compases. Las parejas están contentas porque han podido seguir fielmente el completo rito. Las antenas de las almas sintieron, hallaron un instante de comunicación con las antenas de las estrellas.

Así se divierte Cataluña; así siente desde hace muchos años la ciudad que de día trabaja y se afana; la ciudad laboriosa y culta. **Pero se ha presentado de improviso tropel numeroso de gente armada. Los edificios públicos son asaltados. Se expulsa de ellos a las autoridades electas; se amenaza a los gremios de trabajadores; se ponen centinelas en las puertas de las escuelas; se cierran los orfeones "por orden de la autoridad". Resuenan como una befa los clarines y las músicas de cortejos militares. Desfilan jinetes altaneros. Bien escoltado y tembloroso llega por fin el rey y delante del pueblo absorto dice: "¡Recordad que yo soy el heredero de Felipe Quinto, que os quito vuestras libertades!"**

José Vasconcelos.

EFERVESCENTE DE FRUTAS
"ATHENA"


EN AYUNAS
o después de las comidas, elimina las impurezas. Limpia y suaviza el cutis.





La "Cobla" ampurdanesa, orquesta típica para el baile de la Sardana.

Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS



"TARZAN, LA FIERA"

LAS CANAS

COMO SE DEBEN COMBATIR

INDICAMOS a nuestros lectores el uso de una loción muy eficaz y completamente inofensiva, pues no se trata de tinturas ni teñidos con sustancias peligrosas, nos referimos a la Loción MON AMOUR, preparado que recomendamos muy especialmente por sus buenos resultados. Sabemos que la **Farmacia Rey**, 25 de Mayo 387 tiene ese preparado y es de muy poco precio.























18 DE JULIO 922 U. T. E. 85 0 18.

APRENDA A SER RICO

Con MILLONARIO. — Novisímo juego para todos.

En Inglaterra, Francia y EE. UU. la preocupación dominante es el juego MILLONARIO. — En varios países ha sido prohibido por distraer demasiado la atención de la gente.

Unico distribuidor: "LOS REYES MAGOS"

DIAZ MARIN Y CIA. **18 DE JULIO 922**

Casa Soler

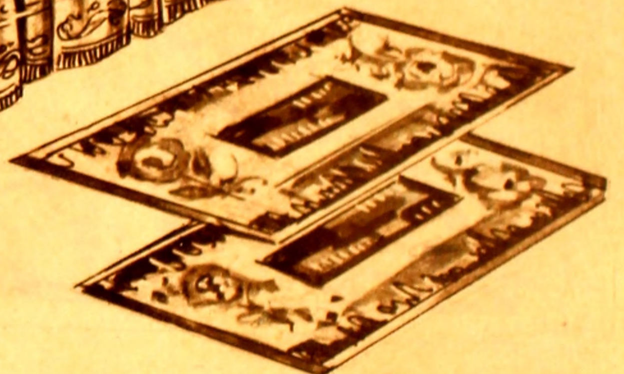
SECCION TELAS BLANCAS y ARTICULOS PARA EL HOGAR DESTACADAS OFERTAS



ETAMINA PARA CORTINAS ANCHO 1.40
$ 0.70 EL MT.



COLCHA DE SEDA BROCHE FLECO CORDON VARIEDAD DE COLORES
PARA 1 PLAZA $ 3.20
PARA 1½ PLAZAS $ 3.80
PARA 2 PLAZAS $ 4.50



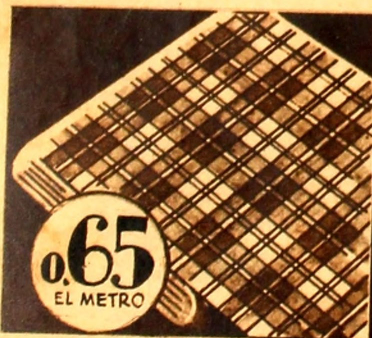
ALFOMBRA TIPO SMYRNA MOTIVOS FUTURISTAS MEDIDAS 100 X 0.50 EL PAR
$ 2.80



JUEGO DE CAMA, BORDADO PARA 2 PLAZAS, COMPUESTO 1 SABANA, 1 FUNDA LARGA Y 2 FUNDAS CORTAS



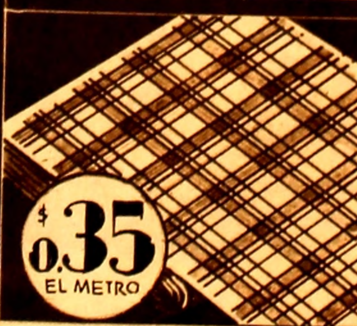
JUEGO DE CAMA BORDADO PARA 1 PLAZA - COMPUESTO 1 SABANA Y DOS FUNDAS CORTAS



GRANITE FANTASIA PARA MANTELES ANCHO 140 CTMS.



BROCATO DE SEDA PARA COLCHAS Y CORTINADOS ANCHO 130 CTMS.



TELA VASCA PARA MANTELES ANCHO 140 CTMS.



CAMINERO TRIPLE RIZADO - VARIEDAD DE DIBUJOS ANCHO 0.45 ctms.

"PUBLICIDAD"



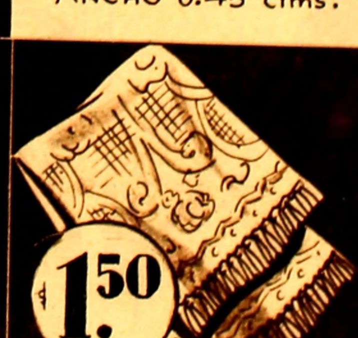
MANTEL DE TE "INDANTHREN" DIBUJOS VARIADOS TAMAÑO: 130 X 130



JUEGO MANTEL DE TE HOLANDES - NUEVOS DISEÑOS TINTAS GARANTIDAS - TAMAÑO 1.10 X 1.10 con 6 SERVILLETAS



JUEGO MANTEL DE TE - CANAMAZO DE HILO - TINTAS FIRMES DIBUJOS NOVEDOSOS - 1.50 x 1.50 CON 6 SERVILLETAS



TOALLA GRANITE LABRADA - TAMAÑO 1.20 X 0.65



CAMINERO DE YUTE NOVEDOSOS DIBUJOS ANCHO 0.45 CTMS.

EN NUESTRAS TRES CASAS

SUC. GOES
Av. Gral. FLORES 2341
Esq. M. BERTHELOT

CASA MATRIZ
Av. AGRACIADA 2302
Esq. M. SOSA

SUC. CORDON
Av. 18 de JULIO 1601
Esq. PIEDAD